

## LOS INSECTOS DE JULIO CASTILLO

(Espectáculo basado en "El juego de los insectos"  
de Josef y Karel Capek)

Cuahtémoc García Rosas / Seminario de Crítica Dramática

La lucha infinita del hombre por dejar el reino de la necesidad para pasar al de la libertad; la contradicción entre sus necesidades subjetivas (como individuo) y las objetivas (como ser social) que en el creador y re-creador Julio Castillo se resuelve en la más angustiosa espera, el cataclismo y, finalmente, la vuelta al principio; son los temas de cada uno de los pequeños cuadros de la farsa.

En obras de este tipo (irónico alusivas y simbólicas) más que en ninguna otra, el problema, del "cómo" se encuentra unido al problema del "que": Castillo supone un público enterado de los problemas de la vida social. Castillo pues, da por supuesto el contenido de su mensaje. Las circunstancias, caracteres, diálogos, son forma *simbólica* de hechos de la vida cotidiana. La vulgarización (escena del "parásito", por ejemplo) o sublimación (el poeta Félix), pecados del melodrama, utilizados en un nivel metafórico y crítico pierden toda su intrascendencia y (por ello digo que la forma va unida al contenido) se mofan del público "fresa" que adelanta, atrasa o "inventa" su propia risa.

Para que exista "juego" debe existir movimiento, acción. La intensidad y el ritmo de esta acción va a determinar la vitalidad del primero. Para que exista crítica debe existir contradicción, lucha de dos polos que se sustentan entre sí. Para evitar la simplificación y la superficialidad, utilizamos el símbolo. Así tenemos como resultado *El juego de los insectos*:

El movimiento, la acción en *Los insectos*, pretende restañar la herida abierta entre nuestras sensaciones cotidianas y la asimilación, la captación más profunda de ellas. Para lograr esto se recurre a técnicas dramáticas típicas (como el desplazamiento de "Supermán" al finalizar el acto III), a movimientos propios de circo (parte del primer acto), de carpa ("danzones" y "mambos", violencia, sexo y drogas), del teatro de vanguardia (Grotowski y su "expréselo todo por medio del cuerpo" del acto III), del teatro-trance (tercer acto), de la vida de los insectos ("danza de las mariposas"), de la vida del mexicano, etcétera.

La intensidad y el ritmo de la acción muchas veces no lo da tal o cual técnica específica, sino el desarrollo por parte de los actores de los "tipos genéricos" elegidos por Julio Castillo: las mariposas, tataranietos de Colombina y la "Comedia del arte"; el "pachuco" "cinturita" de los cincuenta; la "china poblana"; etcétera. Cada personaje, sobre todo en el acto segundo, elige y va estructurando su propio ritmo diferente al de los demás: el



baile lento o rápido, violento o pasivo, lúbrico o cándido, una pose, un guiño, un gemido o un grito destemplado, sirven a Julio Castillo para ubicar, diferenciar y criticar a cada "tipo social" sobre el tablado. Su teatro es un teatro "de individuos" para producir ciertos estados de ánimo.

Las circunstancias, metafóricas y por ello más cercanas a lo universal, contienen dentro de sí la segunda característica del teatro de Castillo: la contradicción.

El juego de las asociaciones libres, los sueños, etcétera, no son un mero artificio de psicólogos o poetas surrealistas, pues en ellos se encuentra el problema de la enajenación, de la escisión del hombre en dos. El sueño y la vigilia, Félix e Iris, Dios-hombre-Supermán y los insectos-hombres. El elemento femenino (la lentitud, la pasividad) y el elemento masculino (veloz, violento, activo) se presentan uno detrás de otro en los tres actos: al sentimentalismo de la novela que sueña Félix le sigue Drácula y el desencanto del despertar; al movimiento lento de la anécdota le sigue el "allegro", "vivace" o "prestísimo" de la coreografía. Incluso en el vertiginoso tercer acto, el rito-grito se interrumpe con silencios o voces apenas perceptibles. Pero la contradicción no sólo se presenta en la acción, sino también en el lenguaje de los personajes; por ejemplo, en el diálogo que sostienen Iris y Félix<sup>1</sup> ambos entienden de manera contraria "echados" y "consumado".

La tercera característica del teatro de Castillo: el simbolismo.

Los símbolos empleados son de dos tipos: tomados del psicoanálisis y de la vida cotidiana del mexicano. Al primer tipo corresponderían la escena del hombre y la mariposa (el "pene-manguera"), el "capitalito" de los escarabajos, la escena de los grillos, etcétera. Al segundo tipo (los más abundantes) corresponden escenas como la del "parásito", "pachuco", "china poblana", personajes como la niña "malcriada", etcétera.

El símbolo cuando cumple su objetivo (tal es el caso de *Los insectos*) no explica nada, pero sí *representa* (nos produce sensaciones). Dos momentos culminantes en que Castillo utiliza con gran maestría los símbolos, son el tercer acto y la estructuración del personaje de la "Garufa". En ambos casos el símbolo no sólo nos produce sensaciones, sino que va más allá: nos "purifica"; en el tercer acto, mediante el horror de la guerra (horror, en sentido literal); en el segundo, mediante la piedad impía "(...) Gracias, Dios mío, por haber quitado esta vida(...)."

<sup>1</sup>"(...) Y tú y yo seguramente estaremos *echados*, cuando el amor sea consumado.